



El conejo y el pastor alemán

Esta es la historia de dos vecinos, que eran buenos amigos y que, en cierta ocasión, decidieron comprar a sus hijos sendas mascotas. Uno compró un conejo, mientras que el otro compró un cachorro de pastor alemán. El primero protestó pensando que el perro se comería a su conejo, pero el otro argumentó que, dado que ambos eran cachorros, crecerían juntos y se convertirían en buenos amigos. Y así fue. Era normal ver al conejo jugando en el patio del perro y al revés.

Un día, el dueño del conejo fue a pasar un fin de semana en la playa con su familia y dejaron al conejo en casa. El domingo por la tarde, el dueño del perro y su familia tomaban una merienda cuando entro el pastor alemán a la cocina. Traía el conejo entre los dientes, muerto y todo sucio de tierra.

La primera reacción fue culpar al perro y enojarse con él. En pocas horas llegarían los vecinos ¿Que les iban a decir? Lo primero que se les ocurrió fue bañar al conejo y dejarlo bien limpito, por lo menos para que los niños pudieran despedirse de él. Y eso es lo que hicieron: lo lavaron cuidadosamente y lo dejaron en su casita del patio.

Apenas llegaron los vecinos, oyeron a los niños gritar y uno de ellos fue corriendo hasta la casa cercana para contar lo que había sucedido. *"El viernes, antes de irnos, el conejo se murió y lo enterramos y ahora al volver, lo encontramos nuevamente en su casita"*.

La historia termina aquí Lo que ocurrió después no importa. El gran personaje de esta historia es el perro que sin haber hecho nada, cargó con toda la culpa. Imagina al pobrecito, desde el viernes, buscando en vano a su amigo de la infancia. Después de mucho olfatear, descubrió su cuerpo muerto y enterrado. ¿Qué hizo entonces? Probablemente, con el corazón partido, desenterró a su amigo y fue a mostrárselo a sus dueños, imaginando poder resucitarlo. Sin embargo otra fue la historia imaginada a partir de la cual fue culpado.